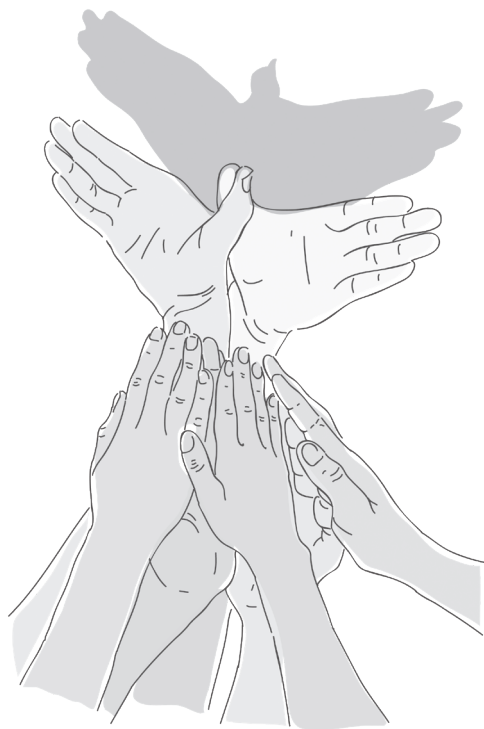


Testigos de esperanza en el mundo

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar



Material para la reflexión

8 de junio de 2025

www.conferenciaepiscopal.es

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

TESTIGOS DE ESPERANZA EN EL MUNDO

MATERIAL PARA LA REFLEXIÓN

«Paz a vosotros.
Como el Padre me ha enviado,
así también os envío yo» (Jn 20,21).

Nuevamente volvemos a encontrarnos en la solemnidad de Pentecostés, fiesta del Espíritu Santo. Ha finalizado la Pascua y en este día celebramos también la Jornada de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, en la que se nos invita a reflexionar sobre la vocación laical y la presencia de los cristianos en el mundo, siendo testigos de esperanza.

Celebramos que somos una Iglesia unida, haciendo un mismo camino, enviados a evangelizar nuestras realidades más próximas para seguir haciendo presente en nuestros días el mensaje de amor que Jesús nos trajo, aportando testimonios de fe en todos los ámbitos de la vida cotidiana y siendo agentes de transformación y esperanza en la sociedad actual.

VOCACIÓN Y MISIÓN DEL LAICO

El proceso sinodal impulsado por el papa Francisco nos recuerda que la Iglesia es comunidad. Y el documento final del Sínodo sobre la Sinodalidad nos recuerda que

Los cristianos, personalmente o en forma asociada, están llamados a hacer fructificar los dones que el Espíritu concede con vistas al testimonio y al anuncio del Evangelio [...] . En la comunidad cristiana, todos los bautizados están enriquecidos con dones para compartir, cada uno según su vocación y condición de vida [...]. La variedad de carismas, que tiene su origen en la libertad del Espíritu Santo, tiene como finalidad la unidad del cuerpo eclesial de Cristo (cf. LG 32) y la misión en los diversos lugares y culturas (cf. LG 12). Estos dones no son propiedad exclusiva de quienes los reciben

y ejercen, ni pueden ser motivo de reivindicación para sí mismos o para un grupo. Están llamados a contribuir tanto a la vida de la comunidad cristiana como al desarrollo de la sociedad en sus múltiples dimensiones, mediante una adecuada pastoral vocacional (n. 57).

Durante estos últimos años nuestra Iglesia se ha reilusionado con nuevos caminos, nuevas reflexiones y nuevos métodos. Nos hemos ido llenando de ese Espíritu renovador y hemos participado en los distintos grupos de trabajo para aportar al Sínodo. Recorrer este camino ha sido complicado. Hemos experimentado cierta incertidumbre por no saber si nuestras reflexiones serían tenidas en cuenta entre tantas otras y hemos descubierto que, aunque se haya llegado a importantes conclusiones, el camino solo acababa de empezar.

Los nuevos tiempos nos obligan a ver que todos somos parte importante dentro de la Iglesia y que todos debemos sentirnos llamados, como miembros de ella, a caminar juntos, a escuchar y discernir, reconociendo la dignidad de cada vocación. Se nos invita a adquirir responsabilidades en la misión de la Iglesia tomando un nuevo estilo de vida en el que no asumamos tareas concretas, sino compromisos continuos en la cotidianidad de nuestra vida, en la familia, en el trabajo, en la política, en la cultura y en el mundo, llevando el amor de Dios a todos los rincones de la vida social:

Cada bautizado responde a las exigencias de la misión en los contextos en los que vive y trabaja desde sus propias inclinaciones y capacidades, manifestando así la libertad del Espíritu en la concesión de sus dones. Gracias a este dinamismo en el Espíritu, el pueblo de Dios, escuchando la realidad en la que vive, puede descubrir nuevos ámbitos de compromiso y nuevas formas de realizar su misión [...]; recorren los caminos del mundo y en sus ambientes de vida anuncian el Evangelio (documento final del Sínodo, número 58).

El papa Francisco nos exhorta a superar una visión clerical de la Iglesia y a promover la corresponsabilidad laical: «Los laicos son parte del santo pueblo fiel de Dios y, por ende, los protagonistas de la Iglesia y del mundo» (*Evangelii gaudium*, 102). El papa nos invita a comprometernos con la transformación de la realidad social, política y económica desde los valores del Evangelio, a plantarnos ante una sociedad cada vez más individualista en la que prima el interés de unos pocos por encima de los pobres. En este sentido, la encíclica *Fratelli tutti* nos dice

que «ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el buen samaritano. Toda otra opción termina o bien al lado de los salteadores o bien al lado de los que pasan de largo, sin compadecerse del dolor del hombre herido en el camino» (FT 67). No es posible un término medio.

UN ESPACIO DE REFLEXIÓN

Estamos abiertos a diversas llamadas dentro de la Iglesia y para saber cuál escuchar de manera más urgente debemos ser conscientes de nuestra realidad más cercana, estar atentos a lo que acontece en nuestra vida, estar abiertos a implicarnos cuando vemos necesidad de ello, dejarnos guiar, especialmente por el Espíritu, a pesar de la dureza que pueda tener el camino que emprendemos, sentirnos parte del mundo en el que vivimos y no dejarnos arrastrar por él, sabernos parte de un proceso que iniciamos pero del que no veremos frutos. Estos son los pilares sobre los que debemos asentar nuestro ser como cristianos laicos, nuestro ser sal y luz.

El Concilio Vaticano II ya subrayaba el papel de los laicos en el mundo: «Los fieles laicos están llamados por Dios para que, cumpliendo su propio cometido y guiados por el espíritu evangélico, contribuyan desde dentro, a modo de fermento, a la santificación del mundo» (*Lumen gentium*, 31). Nuestra fe debe ser lo que nos fortalezca como laicos y nos motive a vivir nuestra vida con autenticidad y compromiso. En este sentido, las asociaciones y movimientos actúan como catalizadores del liderazgo laical, permitiendo el encuentro con personas que de otra manera no se acercarían a la Iglesia, que tanto adultos como jóvenes descubran y ejerciten su carisma, se formen en valores cristianos y se conviertan en protagonistas de una fe renovada.

UN MOMENTO PARA RENOVAR EL COMPROMISO LAICAL

El Jubileo de la Esperanza es una ocasión propicia para revitalizar la vocación laical desde la esperanza cristiana. «Es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano,

necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza» (SnC 7).

En un mundo marcado por la incertidumbre y el sufrimiento, estamos llamados a ser signos de esperanza, promoviendo la justicia, la paz y la fraternidad. Representa una oportunidad para que todos los cristianos reflexionemos sobre nuestro papel en la creación de un mundo más justo y esperanzador.

Debemos concretar nuestros compromisos, los que cada laico debe asumir, en nuestros propios ambientes. Las constantes muestras de inestabilidad de la paz, el aumento de las desigualdades y las crisis emergentes cada día, hacen más necesario que nunca asumir responsabilidades y generar discursos diferentes.

En Pentecostés, el Espíritu Santo renueva a la Iglesia y fortalece su misión. Hoy más que nunca, es necesario que los laicos acojamos con generosidad nuestra vocación y nos comprometamos con la evangelización del mundo sabiéndonos parte de esta Iglesia sinodal, con esperanza, y haciéndonos presentes en nuestro día a día como ejemplo de que podemos vivir la vida desde los valores del Evangelio. San Pablo nos lo recuerda: «La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5).

